



Sin título, sobre la necesidad de ser más productivos para remediar los problemas que aquejan a la población mexicana

Manuel Espinosa Yglesias

Autor: Manuel Espinosa Yglesias
Tipo de documento: conferencia
Título: Sin título, sobre la necesidad de ser más productivos para remediar los problemas que aquejan a la población mexicana
Fecha: 5 de septiembre de 1969
Lugar: México, D.F.
Audiencia: recepción profesional de alumnos de la Universidad Anáhuac
Clave de clasificación: II.A.3.a/1969-6
Caja: 38
Palabras clave: desarrollo económico, inversión, productividad, distribución de la riqueza, justicia social, empresarios, dinero y riqueza, intervención del Estado en la economía, cambio, nacionalismo.

Esta es una noche de celebración, jóvenes amigos. Festejan su recepción profesional. El día de hoy se les otorga un título; culminan sus muchos años de estudio. Esta noche, frente a muchas de sus personas queridas, coronan con éxito lo que tanto trabajo les ha costado.

Los felicito calurosamente y hago extensivos estos parabienes a sus familiares y amigos; muy especialmente a sus padres. Se lo que les debe significar este momento. Comprendo el orgullo de ver cristalizados en los hijos tantos años de preocupación y de esfuerzos. Es la culminación de un sueño feliz.

Y ahora, señores profesionistas, entran de lleno a la vida. Se encuentran ante un mundo revuelto, pero que ejerce una irresistible seducción. Un mundo paradójico, pleno de contrastes. El hombre ha alcanzado la luna, pero no ha podido desterrar la miseria de grandes zonas del globo. Ha a prendido a transplantar órganos como el corazón y el hígado, pero bien poco ha podido hacer para mitigar la violencia que asedia a la sociedad. Ha hecho potable el agua de mar; ha utilizado el espacio para transmitir voces e imágenes por millones de kilómetros; ha diseñado aparatos tan maravillosos como las computadoras electrónicas, y los nuevos medios de transporte. Sin embargo, no ha sido capaz de enseñarse a vivir pacíficamente con sus semejantes; de fortalecer la familia; de reforzar sus creencias en Dios.

Ciertamente mucho hemos avanzado en los dos o tres siglos últimos. Pero el proceso no ha sido fácil; en el camino han venido aflorando una serie de deficiencias, de inquietudes. Es como si al ir escalando nuevas alturas en nuestra ruta de progreso social y económico, poco a poco, por la perspectiva que se va adquiriendo, nos diéramos cuenta de que el sendero no ha sido el adecuado; que hay otros mejores.

Y claro, esto preocupa. A algunas les angustia tanto que están dispuestos a desandar lo recorrido y a empezar de nuevo, aún si esto implica arrojar por la borda lo que con tanto esfuerzo se ha logrado.

Con toda sinceridad, no creo que esto sea necesario, ni aconsejable. A pesar de las fallas que conlleva toda obra humana, el sistema económico y social en el que vivimos ha permitido una marcha muy acelerada en el mejoramiento económico de la población. Podríamos comparar la Inglaterra de hoy con la del siglo XVII, pero no hay que ir tan lejos: tomemos México. Aunque por su juventud ustedes no lo vivieron, sus padres pueden confirmar el abismo que existe entre lo que es hoy nuestro país y lo que era apenas hace cuarenta años. Producimos incomparablemente más y mejor. La mortalidad, en especial la infantil, ha disminuido verticalmente; al igual que el analfabetismo. La capacidad técnica del mexicano ha mejorado en forma sorprendente. Nuestras ciudades rápidamente están incorpo-

Sin título, sobre la necesidad de ser más productivos para remediar los problemas que aquejan a la población mexicana • Manuel Espinosa Iglesias • 5 de septiembre de 1969

rando lo más avanzado de las técnicas urbanísticas modernas. Gracias a nuestro trabajo, donde antes había desierto, hoy reina la vegetación; y donde antes había pobreza, paulatinamente está materializando la abundancia.

Con su basta cultura de profesionales, creo que ustedes pueden aquilatar lo mucho que esto significa. Lo que a otros países les ha tomado siglos, nosotros lo estamos haciendo en decenios. Hemos roto el círculo férreo de la miseria y a grandes zancadas estamos alcanzando la fuerza económica de naciones mucho más maduras. Lo confirman nuestras cifras de producción de acero, de generación de energía eléctrica, de manufactura de cemento, de fabricación de maquinaria, de elaboración de productos químicos, de extracción de petróleo. Lo corrobora el nuevo paisaje mexicano: horizontes erizados de chimeneas industriales, nuevas e impresionantes construcciones en nuestras ciudades; carreteras que, como una enorme telaraña, comunican vastas proporciones del territorio nacional, perforando la montaña, cruzando ríos, atravesando desiertos.

Nuestra economía, siempre es grato recordarlo, es ya la más grande de América Latina y figura entre las de más rápido crecimiento en el mundo. En muchos sentidos, México se ha convertido en un verdadero ejemplo para otras naciones.

Sin embargo, como en cualquier otro país del mundo, no todo es progreso y armonía. Tenemos problemas y serios en muchos casos. Persiste la pobreza entre muchos millones de compatriotas. Hay desocupación, a pesar de los grandes esfuerzos de inversión que se han hecho. Los cinturones de miseria de las ciudades se están multiplicando. La presión de la población sobre la tierra cada vez se agudiza más en varias partes del país y, día a día, la dificultad para repartir parcelas laborales es mayor. Sigue habiendo desnutrición, sobretodo entre la niñez. La educación continúa siendo insuficiente y es indispensable intensificar la orientación vocacional entre los estudiantes. Tenemos renglones, como la minería, los bosques o el turismo, poco aprovechados en muchas áreas.

Aspectos como éstos deben de preocuparnos, pero no angustiarnos o desesperarnos. Necesitamos mantener la serenidad para atacarlos con la mayor eficacia posible, como ya se está haciendo en muchos de los casos. En realidad, y esto no hay que perderlo de vista, muchos de los problemas que nos aquejan son resultados directos o indirectos de nuestro mismo desarrollo. No tendríamos presiones de población si la mortalidad no se hubiera desplomado, como efecto de la mejora de los servicios sanitarios que el progreso nacional hizo posible. La multiplicación de los cinturones de miseria deriva, en parte al menos, del acelerado desarrollo económico urbano, que ejerce un irresistible atractivo a los campesinos menos dotados. La espina que representa la pobreza que aun persiste entre muchos de nuestros compatriotas se nos ha hundido más, porque hay otros que han mejorado y que siguen mejorando su situación económica.

Seamos realistas, pues. Reconozcamos que todo movimiento implica fricción y no nos desalentemos, ni nos irritemos. Para que sigamos adelante, no desperdiciemos nuestras energías en lamentos o en protestas estériles. Antes bien, utilicémoslas para encender nuestra imaginación, para despertar nuestro ingenio en una fructífera búsqueda de soluciones. No caigamos en la inútil demagogia de criticar lo existente, sin sugerir alternativas constructivas. Cuidémonos de los filósofos de la destrucción. De aquello que el señor Presidente describió tan vívidamente como «que están en contra de todo y a favor de nada».

Estoy convencido de que los mexicanos tenemos una responsabilidad funda-

Sin título, sobre la necesidad de ser más productivos para remediar los problemas que aquejan a la población mexicana • Manuel Espinosa Yglesias • 5 de septiembre de 1969

mental. Precisamos producir más, para que más compatriotas se beneficien. Esto significa que todos, pero en especial la gente preparada como ustedes, tenemos que contribuir a que se establezcan las condiciones más propicias para el mejor aprovechamiento del capital y de la mano de obra disponible. Sólo así generaremos la riqueza que tanto necesitamos.

La tarea no es sencilla. Implica cuidar y fomentar el ahorro, alentar la inversión productiva de los particulares y del gobierno, reducir el desperdicio. Supone detectar las actividades que más perspectivas económicas ofrecen y concentran ahí los esfuerzos de inversión y de trabajo. En un país de recursos escasos como el nuestro, la selección de inversiones tiene que ser muy cuidadosa. No podemos permitirnos el lujo de actuar en forma atrabancada. Necesitamos cuidar que el impacto sobre los niveles de ocupación y de producción sea lo más ventajoso posible. Tengo esperanzas de que ustedes, con su preparación profesional y con su ingenio, auxilien en esta trascendental función. Se trata de aprovechar lo que tenemos y de hacerlo con la mayor eficiencia posible.

Produciríamos más. Aumentaría el tamaño de nuestra economía. Seguiría nuestro desarrollo económico. Y lo que es más: se cerraría la brecha entre ricos y pobres. Sencillamente habría más empleos bien remunerados para más mexicanos.

Creo que éste es precisamente el tipo de distribución de riqueza que requerimos. El dinero, el capital, para que aumente tiene que invertirse, y al invertirse genera más dinero, más riqueza; y ésta se reparte creando más empleos productivos para gente necesitada. No se hace disminuyendo el escaso capital disponible, mediante impuestos exagerados o salarios excesivos u otras prestaciones que tiene poca influencia para elevar la productividad de la economía. Se logra con más producción y con más empleos. Y esto reparte riqueza automáticamente.

Hay frases, que a fuerza de repetirlas una y otra vez, adquieren propiedades casi dogmáticas. Esto sucedió por mucho tiempo con la supuesta inmoralidad del cobro de intereses. Y ahora está pasando con la idea de algunas gentes de que las utilidades son algo casi pecaminoso, o de que para ser patriota hay que oponerse, por principio, a lo extranjero.

Igual con la distribución de la riqueza o con la justicia social ¿Cuántas veces hemos oído que la actual distribución de la riqueza es defectuosa o que no hay justicia social? Muchas. Tantas que lo hemos llegado a creer casi al pie de la letra. Afanosamente entonces se buscan responsables. Se sugieren soluciones. Se pinta el más negro de los panoramas si dichas fallas no se corrigen.

Y lo curioso es que, al menos en el sentido en el que se usan comúnmente los términos distribución de riqueza y justicia social se contraponen. Quitándole a la gente de recursos para darles a las personas necesitadas esto es, lisa y llanamente distribuyendo no engendraría justicia social. Antes bien, la empeoraría.

Disminuiría la inversión. Se cerrarían fuentes de trabajo. Se disminuirían nuestros ahorros. Se dilapidaría nuestro futuro.

¿Es esto justicia social?

No creo que debamos hablar de una mala distribución de la riqueza y menos aun de un reparto deliberado para perjudicar al necesitado. Más bien reconocamos que la riqueza nacional aun no es suficiente; que repartirla equivaldría a distribuir miseria. Recuérdese que es fácil igualar a todos en la pobreza, pero no en la abundancia. Que progreso es técnica y ahorro; ahorro y técnica.

Sin título, sobre la necesidad de ser más productivos para remediar los problemas que aquejan a la población mexicana • Manuel Espinosa Iglesias • 5 de septiembre de 1969

Ustedes por ejemplo, jóvenes profesionistas, son ricos en un sentido muy importante. En un país en el que todavía hay un 30% de analfabetos, ustedes son ricos en preparación, ricos en cultura. Suponiendo que se pudiera, ¿valdría la pena repartir esta riqueza? ¿Valdría la pena igualar a la población en un estado de semi-ignorancia?

Convendrían conmigo en responder negativamente. Convendrían en que, mientras nos hacemos más fuertes, es imposible evitar cierto desequilibrio en lo que respecta a conocimientos, a preparación. Está fuera de nuestro alcance, en la actualidad, que podamos hacer de cada mexicano un técnico, un profesionista.

Hay que tolerar, por tanto, este desequilibrio. Nos anima la esperanza de que la gente preparada, aunque sean los menos, utilicen sus conocimientos para mejorar la situación de los más. Para ello, debemos alentarlos; debemos allanarles el camino; debemos facilitarles la tarea. Esto, poco a poco, irá a su vez provocando una mejor distribución de la riqueza cultural y técnica. Habrá menos analfabetos, más gente preparada, mejores mexicanos.

Lo mismo, exactamente, pasa con la riqueza material.

Admitamos que no hay un responsable directo de lo que se ha dado en llamar injusta distribución de la riqueza. Aceptamos que, a pesar de lo mucho que hemos progresado, la tarea apenas ha empezado. Nos queda aun mucha pobreza por desterrar y el esfuerzo tendrá que ser muy intenso. Piénsese, por ejemplo, en los 600,000 empleos que habrá que crear en el futuro para ocupar productivamente los aumentos de la fuerza de trabajo. Son 600,000 plazas que significarían una inversión conservadora de 60,000 millones de pesos.

Sin embargo, pongamos los pies en la tierra. No perdamos de vista que en México ha habido y hay gentes con el ingenio y la capacidad de trabajo suficientes para crear riqueza; y que son éstas quienes han sido, en buena medida, el apoyo de nuestro sorprendente desarrollo económico.

No debilitemos este soporte. Estas son las personas que han hecho las empresas de México; que han puesto sus ahorros al servicio nacional; que han creado los millones de empleos que benefician a tantos mexicanos; que han pagado los impuestos que nuestro gobierno usa para sus labores de fomento. Son, en fin, las que con su riqueza han formado más riqueza. Nueva riqueza que engrandece a México y que automáticamente se comparte con más mexicanos, mejorando la justicia social.

Estoy convencido de que esta no es una actitud de dureza, de falta de comprensión. Simplemente estoy siendo práctico. Al necesitado hay que proporcionarle medios para que, con su esfuerzo, pueda ganarse la vida decorosamente y pueda mejorar. Hay que darle trabajo, hay que darle educación, hay que ofrecerle horizontes más abiertos.

En México, como en cualquier otro país en desarrollo, ciertamente hay que dar, pero hay que dar produciendo. Utilizando nuestros escasos recursos para crear empleos que aumenten los niveles de vida de la colectividad. Lo demás es casi un espejismo muy fugaz por cierto.

Pero ¿por qué los particulares? —podrían preguntarse algunos ¿No sería mucho más rápida la formación de la riqueza si la utilización de los ahorros estuviera en manos de los diferentes gobiernos del mundo?

Sinceramente no lo creo, y por una razón muy sencilla. La gente de recursos, por el solo hecho de serlo, ha dado la mejor demostración de que tiene capacidad

Sin título, sobre la necesidad de ser más productivos para remediar los problemas que aquejan a la población mexicana • Manuel Espinosa Iglesias • 5 de septiembre de 1969

para crear riqueza. El empresario privado se vuelve un auténtico esclavo de un negocio. Los he visto dieciséis o dieciocho horas diarias; buscar incansablemente nuevos métodos que mejoren su eficiencia y les ahorren costos; preparar personal cada vez más capacitado. Los he visto tener éxito y los he visto fracasar. Pero siempre arriesgando sus propios recursos en buena medida. Siempre con la mira de crear más para ser más.

¿Vale la pena mellar este espíritu, este ímpetu? Honradamente no lo creo. Sería un error transferir los negocios a la burocracia oficial, no por que sus elementos sean menos capaces, sino por que el proceso de desarrollo sería menos ágil, mas lento, menos flexible. No tiene sentido absorber lo que esta siendo manejado con éxito. Por el contrario, hay que alentar a quien ha demostrado capacidad para multiplicar sus capitales. Es la mejor garantía de un desarrollo continuado y de beneficio general.

Estoy muy lejos de negar con esto el papel tan importante del gobierno en la creación de riqueza. Estoy muy lejos, así mismo, de negar la conveniencia de pagar impuestos. El estado necesita construir carreteras, presas, escuelas, hospitales, todo lo que constituye el apoyo del progreso de la sociedad. Y esto precisa recursos, fondos que sólo puede obtener de la colectividad en general y de las personas de recursos en particular. Sería absurdo dudar de la conveniencia de contribuir para estos fines. No hay país que pueda prescindir del capital básico.

Lo importante es no exagerar la carga. Hay que dejar, insisto, que el capital se multiplique, creando nuevas fuentes de trabajo en el proceso hay que dejar que sean los que han comprobado su habilidad para multiplicarlo los que se encarguen de poner en movimiento los fondos. Desposeerlos sería un desperdicio.

La bondad de la carga impositiva puede medirse por varios criterios. No obstante, el que a mi juicio tiene mayor relevancia es el del crecimiento económico que se permite o se promueve. En los cinco años de 1964 a la fecha, México ha tenido un incremento promedio de su producción total de bienes y servicios, eliminada el alza de precios, de 7.3% que figura entre los mas altos del mundo. Y la inversión privada, gracias a la confianza que ha despertado el gobierno del Presidente Díaz Ordaz, ha crecido ininterrumpidamente.

Hay aliento; hay seguridad; hay desarrollo. Y hay, sobre todo, incentivos suficientes para que el capital nacional se quede en nuestro país y para que venga el capital extranjero a complementarlo. Nuestras autoridades han tenido la gran visión de reconocer que es el beneficio lo que se repele al capital; y que México tiene que competir con el resto del mundo para allegarse los recursos necesarios. Se ha dado cuenta cabal de que los beneficios que percibe el capital se fijan, no nacionalmente, sino internacionalmente; no en México, sino en el resto del mundo.

Han permitido, pues, utilidades atractivas. Y casi automáticamente, esto ha generado progreso para la nación mexicana.

No niego, sin embargo, que al que tiene hay que exigirle más. Estoy cierto de que las personas que disfrutamos de amplias posibilidades económicas tenemos, al mismo tiempo, grandes responsabilidades. Debemos, ante todo, trabajar para México. No se justifica que nuestra capacidad empresarial, tan escasa en nuestro país, beneficie a naciones que la precisan en menor medida. Somos de México y nos debemos a México.

Además, y esto esta íntimamente ligado a lo anterior, nuestro dinero, nuestros recursos, deben de estar íntegramente al servicio del desarrollo nacional. Nos

Sin título, sobre la necesidad de ser más productivos para remediar los problemas que aquejan a la población mexicana • Manuel Espinosa Iglesias • 5 de septiembre de 1969

ufanamos de que la economía mexicana lleve más de treinta años de crecimiento ininterrumpido. Ya cumplimos tres lustros de estabilidad de la paridad del peso. No padecemos, ni hemos padecido jamás, controles de cambios. Nuestros tipos de interés siguen siendo atractivos en relación con los que prevalecen en otros países. Gozamos de la confianza plena de los inversionistas extranjeros, llámese Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano, inversionistas institucionales o ahorradores privados.

¿Hay razón entonces para tener nuestro dinero en el extranjero? No lo creo. Casi por cualquier criterio, es preferible mantenerlo en México.

Por otra parte, estoy convencido de que los que tenemos recursos debemos ser parcios en lo que se refiere a nuestros hábitos de consumo. En un país en el que hay tantos millones de pobres no se justifica que una minoría privilegiada haga alarde de riqueza. Por el contrario, sus recursos deben servir para ayudar al necesitado, no para hacerle sentirse más desposeído aun.

Y no se trata de que los gastos suntuarios sean un desperdicio lamentable. En muchos sentidos son tan beneficiosos como cualquiera otra erogación: generan empleos, amplían nuestra planta industrial, entrañan el pago de impuestos. Lo que pasa es que la ostentación resulta insultante para el pobre. Crea resentimientos. Despierta odios.

No es este el camino para hacer una patria mejor y más unida. Nuestra obligación es ser moderados. Para vivir bien en México no se necesita tratar de imitar a los grandes millonarios internacionales. Ni podemos, porque nuestras fortunas no son comparables, ni debemos. Pensemos que nuestro México no es sólo para nosotros: es para nuestros hijos y para los nietos de nuestros nietos.

Procuremos, por tanto, modelarlo lo mejor posible. No abramos abismos que luego puedan resultar difíciles de cerrar.

Jóvenes amigos, como ven, entran ustedes a un escenario donde se está gestando el futuro de la patria y del mundo. Como profesionales que son, tendrán una participación muy activa en hacer un México cada vez mejor. No le tengamos miedo al cambio. No rehuyan responsabilidades. No se amedrenten por la posibilidad de cometer errores.

Actúen conscientes de que son mexicanos, y preparados por añadidura. Nunca pierdan de vista que, como profesionales, tienen un compromiso mayor con la patria. Si se esfuerzan y tienen éxito, la recompensa será jugosa. Si no lo hacen, si desperdician lo que se les ha dado, el castigo será también severo. No sólo serán profesionales frustrados, sino una esperanza fallida.

Tengo una gran fe en ustedes, sin embargo, la Universidad Anáhuac está destinada a ser semillero de grandes mexicanos. Ténganla siempre presente. Tengan siempre presente este evento tan solemne.

Les deseo, pues, la mejor de las suertes en la vida. Por México, por sus familiares y por ustedes mismos. Al mismo tiempo, les ofrezco mi amistad más sincera.